

Sobre algunos problemas constructivos y formales de la arquitectura románica navarra

Isidro G. Bango Torviso

EL PROYECTO ARQUITECTÓNICO Y SU PROCESO DE EDIFICACIÓN

Cuando queremos hacernos una idea de cómo era el aspecto de las poblaciones de época románica, nos dejamos influir por la teoría de la historia de los estilos. Así simples iglesias parroquiales y grandes templos catedralicios o monasteriales se nos figuran como especímenes completos del estilo. Sin embargo, al analizar la mayoría de estos edificios que han llegado hasta nosotros, nos damos cuenta que su proyecto no se ha construido de manera continuada y que incluso éste ha sido transformado sustancialmente. La primera conclusión que se nos ocurre para justificar esto, es que los trabajos se sucedieron de manera muy lenta y en ocasiones con interrupciones en las obras. Aunque son muchas las causas que podrían explicar esta demora en las obras, la mayoría de ellas responden a problemas económicos. Sin duda los patrocinadores de las obras, los poderosos laicos o eclesiásticos, querían que figurase en su haber como prestigio personal la realización de grandes proyectos, sin embargo la realidad era otra. Crisis económicas en general debidas a las diversas circunstancias de la sociedad del momento o simplemente propias de los patrocinadores serán el condicionante de la marcha de las obras. ¿Cómo se compatibilizaba un templo construido así con la práctica diaria de los oficios? La solución era muy diferente si el nuevo templo se erigía a partir de uno ya existente o se trataba de una obra absolutamente nueva.

La iglesia monasterial de San Salvador de Leire nos suministra un testimonio excepcional de cómo el monasterio más emblemático de la Navarra románica sufrió un penoso proceso constructivo. Ya el edificio prerrománico conoció diversas transformaciones y ampliaciones hasta convertirse en un templo de tres naves (fig. 1)¹. Seguía así una fórmula aplicada en otras iglesias que habían tenido que transformarse a partir de un edificio pensado funcionalmente para la práctica de una liturgia y unos usos monásticos hispanos en otros renovados. El proceso de "europeización" iniciado durante el reinado de Sancho III (1004-1035) coincidió con un mayor protagonismo de la comunidad de Leire en el reino. Esta fase se conoce como el período de los obispos abades de Leire (1005-1076). Sin duda, tal como comentaremos más adelante, esto sería la causa de que las experiencias plenorrománicas, aunque demasiado rudas, se estrenasen antes en el monasterio que en la propia catedral de Pamplona.

Siguiendo una fórmula muy habitual se pensó en ampliar el viejo edificio prerrománico por la parte oriental. De esta manera, mientras que se construía la iglesia desde la nueva cabecera oriental hasta llegar a los viejos ábsides, el templo seguía funcionando². Una vez terminada la ampliación, se derribaba el muro de la cabecera y se obtenía un nuevo templo compuesto de dos partes una oriental románica y otra occidental prerrománica con algunas adecuaciones en el nuevo estilo con el fin de asegurar una correcta y estética articulación entre las dos partes. Saltaba a la vista la enorme diferencia entre la "modernidad" de la cabecera y la vetustez de las viejas naves. Aunque seguramente el problema no era tanto de índole estilística, sino que una estaba abovedada con piedra y era algo más esbelta, mientras que la otra sim-

plemente se cubría con una armadura de madera. Sin embargo el empuje de la obra iniciada afectaría muy pronto a lo antiguo. Una nueva campaña de obras renovarían la parte occidental. No es posible fijar con exactitud en que consistió esta renovación, en todo caso es evidente que los muros perimetrales de esta parte del templo adquirieron, con la aplicación de escultura monumental, un aspecto románico. Esta decoración visible en puertas, ventanas y cornisas es la que Martínez de Aguirre ha denominado "el primer eco de la catedral de Pamplona"³. Se había conseguido así un edificio de un importante volumen, pero ciertamente algo extraño: demasiado largo para su anchura y también excesivamente bajo. Exteriormente ya sólo se apreciaban dos fábricas románicas, pues la prerrománica había quedado enmascarada definitivamente por la última ampliación. La parte románica oriental mostraba la rudeza de la obra de mediados del siglo XI, mientras que el resto presentaba una sillería mejor trabajada y una escultura monumental aplicada de bellas formas. No obstante, el interior contaba, en toda la parte occidental, con una estructura de soportes para una armadura de madera que resultaba práctica pero de una enorme pobreza arquitectónica. Esta parte del templo no alcanzará una importante dimensión arquitectónica hasta el gótico, cuando, manteniendo los muros perimetrales románicos como infraestructura, se transforme en un espacio único y diáfano bajo elegantes bóvedas de crucería⁴.

La iglesia de Santa María de Ujué estaba siendo construida por Sancho Ramírez en 1089, según confirma el mismo monarca en una donación a la iglesia de Funes, datada en este año. Lo que conocemos de este edificio en la actualidad es que el proyecto real consistía en ampliar un templo prerrománico con una cabecera románica de tres ábsides semicirculares y un crucero siguiendo el modelo de la catedral de Jaca. Al contemplar los tres arcos que darían acceso a la obra prerrománica desde el crucero, vemos cómo estos no mantienen unas proporciones regulares según la lógica constructiva: los dos arcos correspondientes a las naves colaterales son de anchuras diferentes. La idea original del proyecto no preveía un templo completo sino simplemente la cabecera adaptándose a las naves ya existentes⁵. Sólo ya en época gótica estas naves serían destruidas para conseguir un espacio amplio y unitario bajo bóvedas.

El caso de la Iglesia Mayor de Tudela también muestra el condicionante de una construcción previa, pero en este caso, como la funcionalidad del edificio era muy diferente, los efectos que se produjeron en el nuevo templo resultaron muy distintos. La ciudad de Tudela fue conquistada en 1119, pactándose en este momento que durante un año los musulmanes mantendrían la mezquita mayor y las menores. A partir de este año de prórroga las mezquitas se convertirían en iglesias. Esta era una norma habitual durante la reconquista cristiana. Mediante una pequeña actuación de eliminación de determinados elementos simbólicos se consagraban los altares cristianos y así el templo estaba dispuesto para el nuevo culto. La obligación canónica de ordenar los altares en dirección Este obligaba a una total reorientación del espacio cultural original, de esta manera el muro de la *qibla* se convertía en el flanco meridional del templo cristiano. Como este tipo de construcción reaprovechada no se consideraba provisional, no había ningún inconveniente en edificar en función suya las dependencias complementarias. La catedral de Toledo, que también tenía su origen en la transformación de una mezquita, tardó casi siglo y medio en ser sustituida por una obra gótica. En la iglesia tudelana se hicieron ciertas obras como un pórtico nuevo en 1125 y otras que requirieron una dedicación en 1135 y una consagración en 1149. Sin embargo el empeño monumental más importante fue la construcción del claustro con sus dependencias que la comunidad canónica de san Agustín necesitaba. Una donación de unas casas para la obra del claustro nuevo, data en el año 1186, es la única noticia documental sobre su cronología⁶. Como el claustro se erigió en función de la mezquita convertida en iglesia, su situación lógica obligó a ocupar parte del crucero de esta y su *qibla*. Cuando contemplamos la topografía de la colegiata tardorrománica nos llama la atención la situación ilógica del claustro, pues, como acabamos de indicar, se había realizado en función del templo anterior.

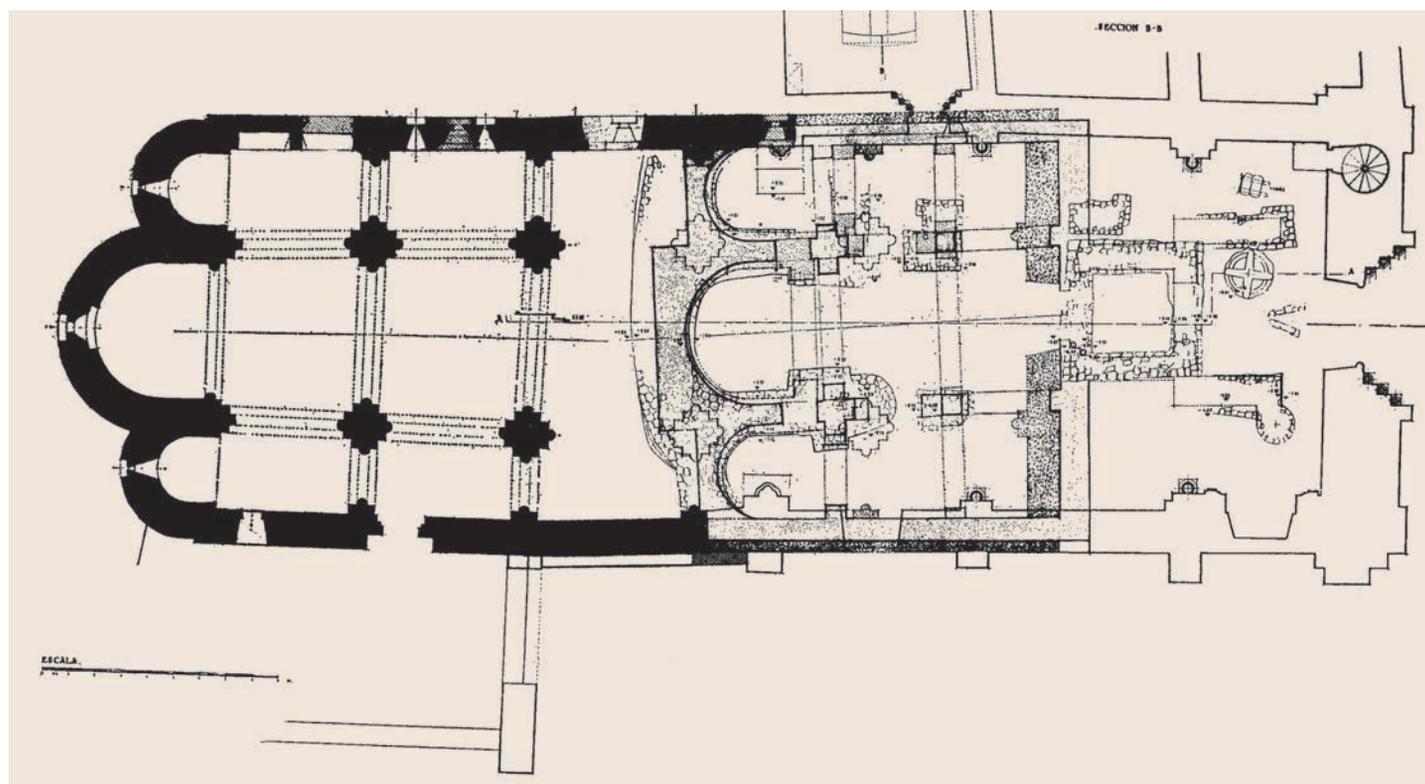


Fig. 1. Planta de la iglesia de Leire incluyendo la cimentación del templo prerrománico (según Íñiguez)

LA CATEDRAL ROMÁNICA DE PAMPLONA Y LA COMPLEJA PROBLEMÁTICA DE SU INTERPRETACIÓN

Unas piezas importantes de la decoración escultórica, el perfil planimétrico de una excavación arqueológica, tan sólo publicada parcialmente, y un dibujo antiguo de la parte occidental del templo han permitido a los especialistas pronunciar una serie de tesis sobre el aspecto e importancia de lo que fue la catedral románica de Pamplona. Por la gran superficie que tenía y por la calidad de su escultura monumental sabemos que se trataba de un templo muy excepcional para el románico hispano de su época. Sin embargo las interpretaciones que se hacen de su fábrica se entienden mal en el contexto lógico de un proceso normal de construcción.

Todo parece indicar que el templo catedralicio románico ocupaba el mismo lugar en el que se situaba la fundación hispanovisigoda. Carecemos de noticias documentales que acrediten de manera incuestionable la creación de una nueva sede catedralicia antes de finales del siglo XI. Las recientes excavaciones arqueológicas, al menos por lo publicado hasta ahora, no nos han proporcionado ni el más mínimo indicio planimétrico de lo que pudiera ser el templo prerrománico. Los materiales procedentes de estas prospecciones, aunque tendremos que esperar a la publicación de su exacta situación en la estratigrafía arqueológica, corresponden a distintas épocas que van desde la romanidad hasta el gótico⁷.

El advenimiento de la dinastía jimena, con su expansión territorial hacia Nájera, debió producir un acusado retraimiento en la monumentalización de la vieja Pamplona durante algo más de siglo y medio. El carácter itinerante de la corte y las prolongadas estancias de la misma en la capital najerense fueron factores determinantes en este sentido. Sin duda, como no podía ser de otra manera, la documentación nos informa de donaciones de una cierta importancia por parte de los monarcas: la de Sancho Abarca (970-994) concediendo la ciudad de Pamplona y el castillo de San Esteban de Deyo; Sancho III (1004-1035) restituyendo el dominio del obispado; García el de Nájera (1035-1054) entregando el monasterio de Anoz. La primera y la últi-

ma de estas tres noticias indican más la indiferencia del monarca que su interés. A Sancho Abarca parece interesarle poco el dominio de la ciudad, mientras que a García es evidente que su ideal geopolítico estaba lejos de Pamplona. Si durante este largo período un rey o un obispo hubiera emprendido la realización de un nuevo templo es casi imposible que hubiera pasado desapercibido, ya sea directa o indirectamente, de la documentación conservada por precaria que esta sea.

La anexión del reino navarro al trono de Sancho Ramírez supuso una inmediata renovación eclesiástica a partir del obispo y el clero catedralicio. El monarca quería potenciar la figura del prelado de Pamplona, evitando hipotecas como la subordinación a un centro monástico. De esta manera la preocupación del obispo se centraría en la organización de la catedral y de la diócesis. La revitalización de la vida canónica con una presencia continuada del prelado se manifestará de inmediato en el inicio de unas obras que darán un aspecto moderno al conjunto catedralicio y lo mismo sucederá con la edificación urbana. Para llevar a cabo tan decisiva labor organizativa y constructiva era necesario que el obispo contase con recursos económicos. Con este fin, Sancho Ramírez confirmó en 1087 el patrimonio de la catedral y en especial el de la ciudad de Pamplona.

Con el nombramiento de Pedro Andouque o de Rodez (1083-1115) como obispo de Pamplona se dará inicio a esta trascendente renovación eclesiástica. La primera medida adoptada por el nuevo obispo fue organizar un cabildo que viviese sometido a la regla de San Agustín. Con esta medida seguía las indicaciones del monarca que pretendía una reforma de la iglesia de sus reinos según las directrices de Roma. Poco antes el mismo rey Sancho Ramírez, al establecer la canónica agustiniana en la catedral de Jaca, mostraba su acatamiento a las directrices pontificias y cómo debía comportarse el clero que atendía la catedral: "Así pues he decidido, según decretaron los santos pontífices de Roma y fijaron el beato Agustín y los restantes santos padres, para honor de Dios y de San Pedro, jefe de los apóstoles, reunir en la iglesia de Jaca a los clérigos según la tradición apostólica, llevando una vida de comunidad y no disfrutando de nada como propio, ni considerando nada suyo, sino teniendo todo en común y alegrándose con la regla de nuestro padre san Agustín, con una sola comida y hábito"⁸. Para que los nuevos canónigos de Pedro de Rodez pudieran llevar una vida en común, teniendo un hábito idéntico, durmiendo en un mismo dormitorio y comiendo en un refectorio único, era necesario crear las oficinas claustrales que facilitasen la práctica de la regla. Estos edificios comunitarios constituyeron, en torno a un claustro, la primera fase constructiva promovida por el obispo Pedro; las obras se prolongarían hasta el año 1097. Siguiendo los usos habituales por entonces, estas dependencias claustrales se debieron articular sobre el lado meridional del templo, que, en este caso, no podía ser otro que la vieja catedral prerrománica. En la actualidad se conserva un edificio considerado cilla que por sus características podría considerarse la canónica de esta época⁹.

Centrémonos a continuación en un breve análisis de lo que conocemos de la catedral como templo románico. Los escasos datos documentales se podrían resumir en los siguientes términos según la opinión más generalizada entre los expertos que se han ocupado del tema. A partir de 1097 empezamos a tener noticias de que se está pensando en la construcción de una gran iglesia, pues en este año el papa Urbano III recomendaba a Pedro I a que "ayudara a construir una nueva basílica". Desde este año se suceden diversos documentos que en términos muy parecidos exhortan a continuar con las obras catedralicias. Bajo la prelatura de Guillermo Gastón (1115-1122) se documenta la pavimentación del templo y el cierre de siete capillas con rejas. De esto deduce, con toda lógica, Martínez de Aguirre "que al menos la cabecera y el transepto habían sido concluidos"¹⁰. Una carta del obispo Sancho Larrosa (1122-1142) nos informa que la dedicación de la iglesia había tenido lugar en 1127.

¿Qué representó este edificio en su momento? No sólo fue el exponente de una importante renovación cultural y artística frente a la postración y decadencia en la que había permaneci-

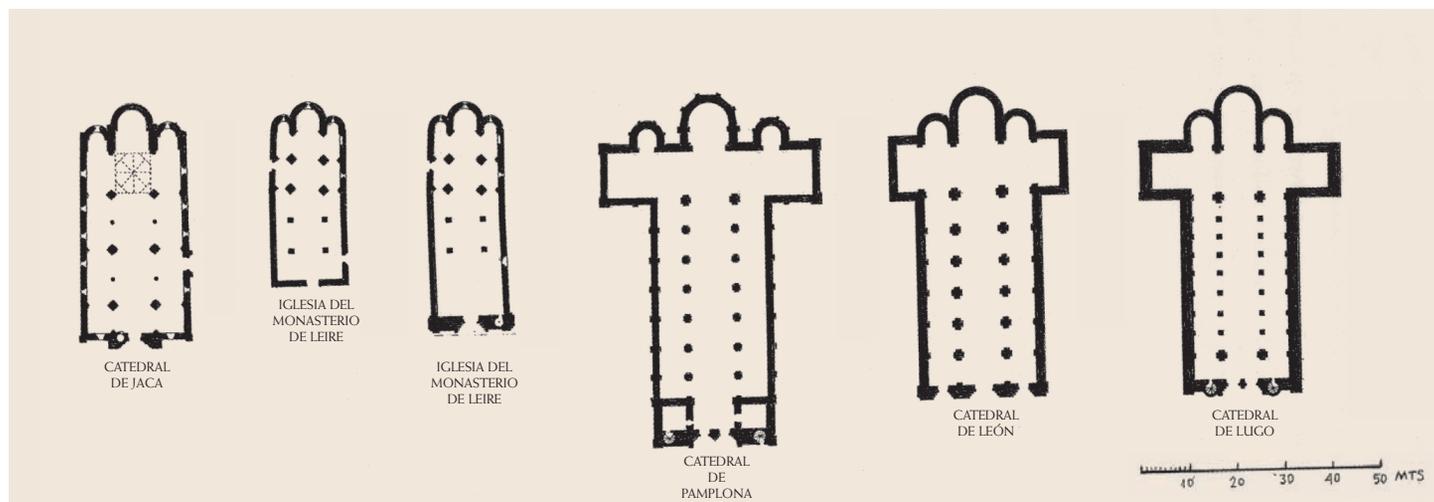
do hasta entonces la catedral, sino que la monumentalidad de su proyecto le convertía en el segundo templo catedralicio hispano después de Santiago de Compostela. Sin duda, fue Pedro Andouque el primer interesado en promover una construcción tan importante, pero la voluntad regia no le debía ir a la zaga. ¿Acaso se estaba pensando en un desplazamiento occidental del centro neurálgico de la geopolítica de los territorios gobernados por el rey? La catedral de Pamplona, tanto por el tipo templario como por sus dimensiones, dejaba obsoletos y pequeños la catedral de Jaca y otros templos aragoneses. Si en Jaca se había comenzado un modernísimo edificio románico con un buen taller de escultura, al conquistarse Huesca (1096) y a la vez dar comienzo las obras de Pamplona (1097), los buenos escultores desaparecen de la lonja jaquesa y el edificio termina por cubrirse con una pobre armadura de madera. El tamaño del templo, la posible rapidez de su construcción y la extraordinaria calidad de los escultores que trabajan en el claustro convierten a Pamplona en uno de los grandes centros creadores de la primera mitad del siglo XII peninsular.

Sobre la importancia de su tamaño el cuadro comparativo que reproducimos es bastante esclarecedor (fig. 2). Obsérvese especialmente las diferencias con la catedral aragonesa de Jaca o con el templo de Leire. Este último lo representamos en dos momentos: 1º) Según el aspecto que tendría al juntarse la cabecera románica con las naves del templo prerrománico; éste sería su aspecto al iniciarse el proyecto de la catedral de Pamplona. 2º) Con la ampliación occidental, obra que se realizaría siguiendo pautas decorativas monumentales experimentadas ya en la misma catedral pamplonesa. Más interés tiene la semejanza de tipo, crucero ampliamente acusado sobre las naves colaterales, con otros templos catedralicios de los reinos hispanos occidentales. Aunque tenemos ciertas dudas sobre la cabecera de la sede leonesa, sin duda su superficie era más pequeña. Es muy curioso cómo será la catedral de Lugo la que más coincidencias muestre con Pamplona, incluso en la forma de su fachada occidental. Una y otra presentan en esto su clara dependencia del modelo compostelano.

De lo que hemos dicho hasta aquí, parece incuestionable la importancia del tamaño del templo con respecto a otros de su clase coetáneos, superando incluso la catedral de la capital del reino de León. Aunque resulta muy difícil, dado lo conservado, sería conveniente hacer algunos comentarios sobre ciertos aspectos constructivos y el tipo de edificio templario.

Si tenemos en cuenta la relación entre contrafuertes y soportes internos, apreciamos dos claros métodos constructivos perfectamente diferenciados. El primero fue aplicado en la cabecera (ábsides y crucero) y el muro meridional del templo. Se caracteriza por tener contrafuertes externos, pero los cimientos no acusan los soportes correspondientes internos. El segundo

Fig. 2. Cuadro comparativo de la planta de la catedral de Pamplona con otros edificios románicos (según Bango)



responde a un criterio constructivo también románico, pero muy diferente. Lo apreciamos en el muro septentrional de las naves, donde contrafuertes y soportes apilastrados aparecen lógicamente emparejados¹¹. Los dos métodos coinciden con otras tantas etapas del lógico proceso constructivo de los templos medievales: primero se realiza la cabecera y el cierre de las naves con el muro correspondiente al lugar donde se levante el claustro; en un segundo momento se cierra el perímetro exterior.

Por desgracia, de esta catedral singular sólo conocemos el perfil de su planta y su superficie por las estratigrafías arqueológicas. Aunque esta es muy escasa información, los sencillos bosquejos que reproducimos a continuación me permitirán evocar algunas de sus posibles características tipológicas (fig. 3). Se muestra con una gran potencia volumétrica el gran crucero continuo, de una sola nave, sobre el que se articulan ábsides que dejan un tramo entre ellos. Además del ábside central, poligonal al exterior, los laterales, circulares, presentan columnas que arrancando de las banquetas del zócalo llegan hasta la cornisa. Para la reconstrucción segura de estas columnas contamos con claros indicios arqueológicos. Un cabildo catedralicio tan importante como el pamplonés debía disponer numerosas capillas con altares para que solo se pudiera celebrar una misa al día en cada uno de ellos. Es a este respecto por lo que, tal como ya hemos apuntado, tiene lógica la noticia de las siete rejas de la consagración durante la época de Guillermo Gastón. Así deberíamos considerar que estos se pondrían no sólo en los ábsides, sino también en los espacios rectos entre estos. La presencia de un ábside poligonal alternando con semicirculares se suele poner en relación con las capillas de la girola compostelana, sin embargo pienso que hay una relación más próxima y lógica con la arquitectura románica de Gascaña. Existen en esta región una serie de templos con cabecera que tiene un ábside central poligonal flanqueado por dos ábsides semicirculares teniendo entre ellos un tramo recto, resulta imposible no evocar aquí la cabecera de Pamplona¹².

No hemos representado un cimborrio de acusado volumen sobre el crucero, pues no es posible asegurar su existencia. En todo caso lo más lógico es pensar que, al menos, estuviera previsto¹³. Una cubierta única a dos aguas para las tres naves parece la solución más lógica tal como se realizó en la catedral de Santiago¹⁴. La fachada occidental con dos puertas y sendas torres están perfectamente documentadas. La fachada occidental de la catedral de Lugo presenta en la doble puerta central y en la distribución del ventanaje grandes similitudes con la fachada de Platerías de Compostela. En este sentido es posible que la de Pamplona tuviera gran parecido con esta solución. Sin embargo existe una profunda diferencia en los tres monumentos con respecto a las torres. En Platerías, las torres cilíndricas arrancan en las esquinas a partir de la planta de tribunas. Lugo flanquea los dos vanos centrales de las puertas con sendas torres cilíndricas, sin embargo, aunque se parecen a las compostelanas, las lucenses arrancan desde el mismo suelo. En Pamplona las torres, de sección cuadrada, ocupan el tramo correspondiente de las naves colaterales. Estas torres tienen en el núcleo central el huso de la escalera de caracol. En Compostela las torres cuadradas no aparecerán hasta después de la posible estancia del maestro Esteban, disponiéndose en los ángulos occidentales del encuentro del crucero con las naves, y a los pies del templo. En ambos casos las escaleras internas no son de caracol sino de tiros rectos siguiendo los muros. Mientras que en Lugo la inspiración en Platerías es incuestionable, las de Pamplona no tienen ninguna relación con ellas. El tipo de torre y su ubicación parece despejar cualquier duda acerca de una posible tribuna sobre las colaterales: no es posible, o al menos lógica, su existencia.

Aunque ciertas características de la cabecera serían de discutible inspiración compostelana, parece que ésta es incuestionable en lo que se refiere a algunos aspectos conceptuales de la fachada occidental. En todo caso mejor documentada está la decoración monumental de esta portada, algunos de cuyos capiteles se conservan y denuncian su parentesco con lo compostelano. Estas posibles relaciones plásticas y estilísticas se explican por la presencia en la obra de Pamplona de un personaje llamado Esteban que ostentaba el título de "maestro de Santiago"¹⁵.

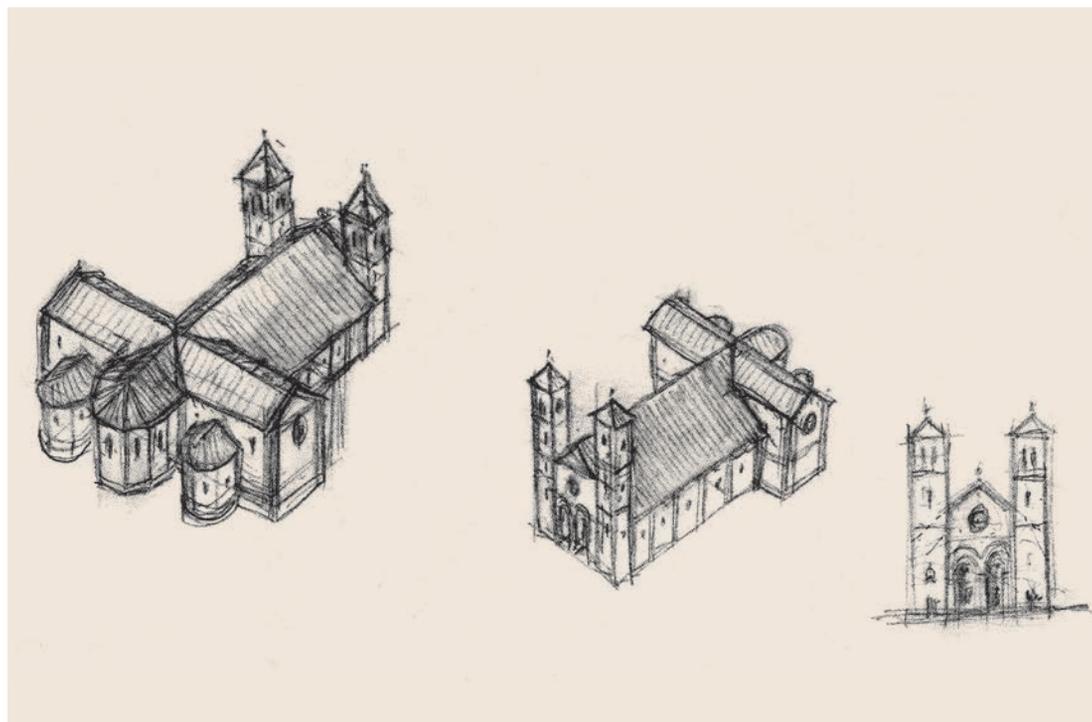


Fig. 3. Catedral de Pamplona. Evocaciones de su posible aspecto (según Bango)

Hasta aquí hemos hecho una exposición de lo que ha podido ser la interpretación de este edificio, sin embargo hay que reconocer que todo ello nos genera dudas muy serias que no han sido tenidas en cuenta. Me refiero especialmente al proceso cronoconstructivo y la existencia de un templo prerrománico que siguió en activo durante este proceso de edificación. Dos tipos de argumentos parecen demostrar que este gran templo se construyó desde oriente hasta occidente durante el primer tercio del siglo XII. Por un lado, la existencia de la cabecera románica podría confirmarse con el citado testimonio de Guillermo Gastón y sin ningún género de dudas por la de la dedicación. Para la fachada occidental carecemos de información documental, pero todos los expertos que han analizado los restos escultóricos que pertenecían a ella coinciden en atribuirles una cronología que, en su sentido más lato, se situaría en el primer tercio del siglo XII¹⁶. ¿Es posible que el segundo templo más grande de la España románica de este momento se construyese en menos de treinta años? No parece probable, ni siquiera siguiendo el sistema que se utilizó en la catedral de Jaca: se construyó la cabecera con sus abovedamientos, siguiendo los muros perimetrales hasta su cierre por la fachada occidental; iniciándose a partir de aquí la construcción de los intercolumnios. Me da la impresión, hoy día nada más que una mera hipótesis de trabajo, que la integración del edificio prerrománico en el nuevo tuvo un protagonismo decisivo. A partir de un núcleo original, la catedral prerrománica, se articuló una ampliación oriental, la cabecera, y otra occidental que tendría como remate la fachada de la que estamos tratando. La curiosa solución del muro meridional, a la que nos hemos referido antes, podría ser el testimonio de un muro del antiguo edificio transformado en parte para su integración en la obra nueva¹⁷. Tendríamos así una solución como la que se dio en el monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos: sobre una iglesia prerrománica de tres naves se articuló derribando la cabecera otras tantas naves plenorrománicas con sus correspondientes tres ábsides semicirculares; posteriormente, se prolongaron las naves prerrománicas con una obra tardorrománica hacia occidente¹⁸. La fórmula no era tan exótica para el medio navarro, tal como ya hemos comentado se estaba dando por aquel entonces en el monasterio de San Salvador de Leire.

DEL TARDORROMÁNICO AL PROTOGÓTICO. EL CHAPUCERO ASPECTO DE LO INACABADO

La última fase del románico navarro, al igual que en el resto de la geografía hispana, nos muestra una arquitectura absolutamente condicionada por la falta de recursos económicos para completar las obras iniciadas. Aunque, sin duda, se podría incluir en una situación de crisis económica de carácter general en un principio, la verdad es que su repercusión en el proceso constructivo supera ampliamente la cronología de esta. Las consecuencias no fueron simplemente un paro en las obras, sino que la reanudación de las mismas ocasiona un cambio de estilo e incluso de las soluciones constructivas y funcionales. Entre los especialistas que han estudiado estos edificios suele haber una cierta confusión a la hora de clasificarlos. El empleo de términos como tardorrománico o protogótico son mal utilizados en muchos casos¹⁹. El concepto de tardorrománico corresponde a un edificio que ha sido pensado con estas características desde el proyecto hasta su total materialización en la obra. Protogótico se refiere a las primeras manifestaciones de este estilo. Cuando un arquitecto proyecta un edificio en protogótico, lo lógico es que el abovedamiento tuviera perfectamente previsto su apeo por los diferentes elementos de sustentación. De una manera ingenua se han explicado como edificios protogóticos aquellos que presentan una infraestructura de soporte tardorrománica y, sobre ella, se disponen unas bóvedas de crucería²⁰. Esta situación provoca un abandono de la verdadera función de los elementos de soporte, haciendo que queden sin utilidad o reemplazadas con otra función tectónica adecuada al apeo de la crucería. Tal como creo haber demostrado para la catedral de Lérida, se trata de dos maestros distintos: uno de formación románica proyecta el tipo de edificio con su estructura correspondiente; en una primera campaña se edifica los muros y, después de un paro en las obras o con una solución de una cubierta de madera, se vuelve a la edificación intentando adaptar una solución gótica. Al no ser la cronología de esta última la del proyecto y primera fase de las obras, ya no es posible calificarla de protogótica. Aunque en alguno de estos edificios este desfase estilístico y funcional queda más o menos armonizado, lo habitual es que transmita la sensación de obra chapucera e inacabada.

Una rápida visión de edificios como San Pedro de la Rúa, San Miguel de Estella, Santa María de Sangüesa y todo un amplio etcétera que afecta al 80% de los grandes edificios del tardorrománico, nos permite comprobar la arbitrariedad con la que se acaban los proyectos. No se trata ya, de un simple cambio de bóvedas o de arcos, cosa lógica en una obra realizada en el transcurso de mucho tiempo, sino de cómo se articula todo ello con la infraestructura. La complejidad del pilar tardorrománico pierde toda su lógica y sus elementos se emplean aleatoriamente. Un codillo o una columna pensada para la correspondiente dobladura se emplea ahora para apeo un crucero, pero en el pilar parejo puede ocurrir que la solución no sea la misma. La dobladura de los arcos perpieños o formeros, prevista desde los cimientos, unas veces se completa, pero en muchas ocasiones no. Se afeitan columnas entregas para convertirlas en consolas, mientras que otras veces no se duda en combinar columna con consola para soportar un arco. Incluso no se duda en dejar columnas inacabadas; o lo que es peor, acabadas, pero sin función específica.

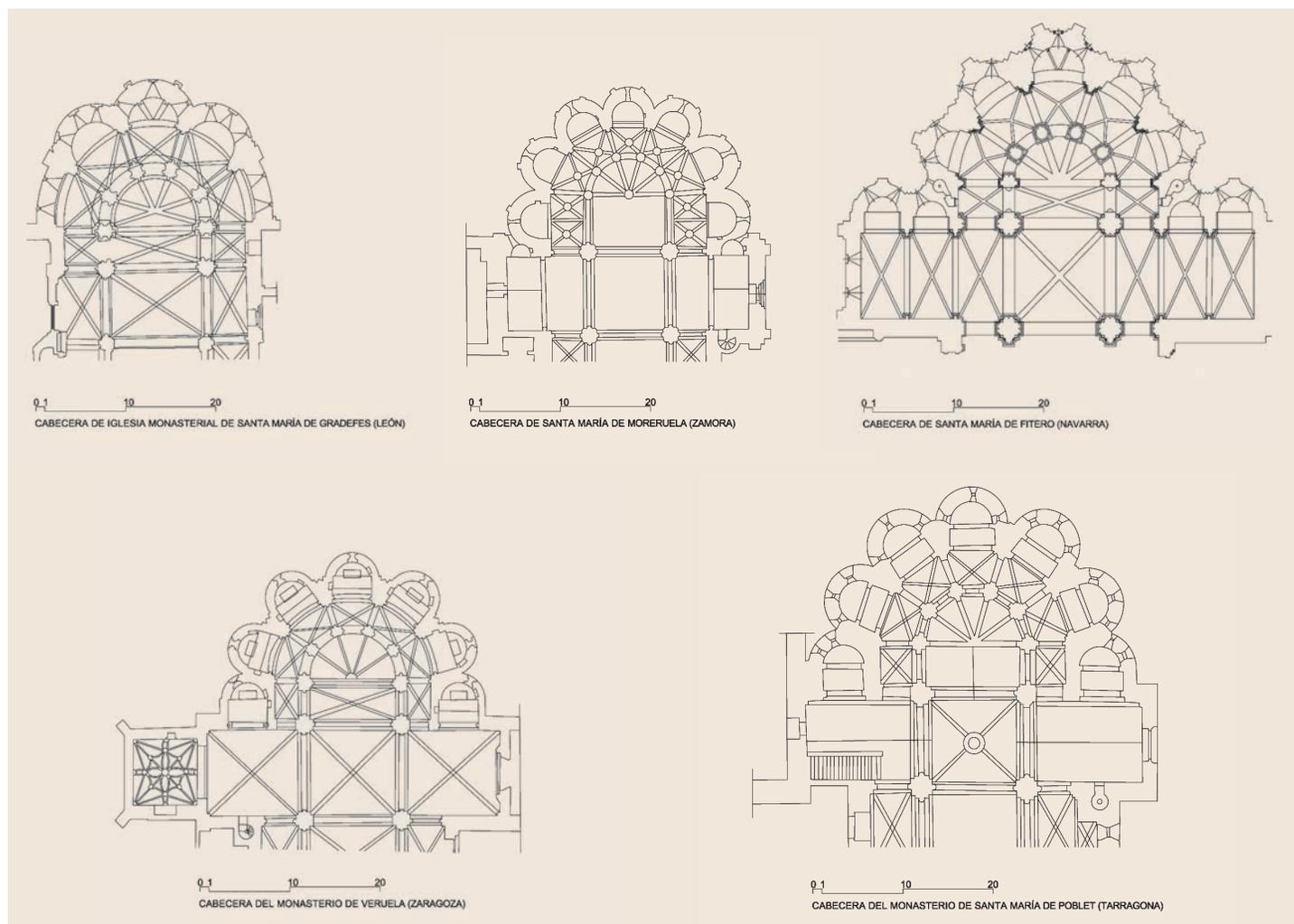
LAS GRANDES IGLESIAS DEL TARDORROMÁNICO NAVARRO: SANTA MARÍA DE FITERO

A partir de los trabajos de Eydoux, la cabecera con girola de Santa María de Fitero se ha estudiado en relación con cuatro fundaciones cistercienses españolas que también adoptan girola: Santa María de Poblet (Tarragona), Santa María de Moreruela (Zamora), Santa María de Gradefes (León) y Santa María de Veruela (Zaragoza) (fig. 4)²¹. Para este investigador, dejando aparte el caso de la abacial de Gradefes, se podría pensar que el proyecto de los cuatro templos se debía a un solo maestro de obras. Para que se pudiera haber producido este

encargo se supone que se trataba de un arquitecto de una gran reputación: "había vivido durante mucho tiempo en Francia, y más exactamente en Borgoña, donde él conoció las grandes construcciones románicas, recientemente erigidas, al mismo tiempo que las soluciones góticas comenzaban a afianzarse"²². Estas girolas, con sus absidiolas articuladas tangencialmente sobre ellas, constituían para Azcárate una novedad protogótica frente a la fórmula románica que dejaba un tramo del deambulatorio entre cada capilla tal como aparecía en los templos gallegos de Osera, Cambre y Melón²³. Con este tipo de comentarios de carácter general y otros muchos que podríamos introducir a partir de algunas monografías dedicadas a estos edificios de manera particular, nos debemos plantear el análisis del templo de Fitero²⁴ desde dos puntos de vista muy distintos, pero evidentemente complementarios: por un lado, todo aquello que se refiere a su función y significado en el contexto de la arquitectura templaria de los cistercienses; por otro, el estudio de su estructura arquitectónica y de sus características estilísticas.

Entre los muchos tópicos falsos que se atribuyen a una caracterización propia de los cistercienses²⁵ está el que considera que fueron los creadores de grandes cabeceras con múltiples ábsides. A este respecto, se nos presentan estas cabeceras bajo la forma de tres variantes clásicas: 1) Un crucero en el que se disponen numerosos ábsides en batería articulados sobre el muro oriental; 2) Una girola con capillas radiales; 3) Una fórmula híbrida, originada por la yuxtaposición de los dos modelos anteriores. Sin duda estas soluciones fueron empleadas por los

Fig. 4. Planta de la cabecera de las iglesias cistercienses que interpretan el modelo de Claraval



cistercienses por la necesidad que tenían de capillas con altares puesto que sus comunidades contaban con un número muy crecido de sacerdotes, pero en absoluto fueron los creadores de los prototipos²⁶. Estos tuvieron su origen más remoto a finales del siglo X y se codificaron definitivamente a partir del año mil, constituyendo lo que se denominó por Lefèvre Pontalis "las grandes cabeceras benedictinas"²⁷.

Aunque los grandes templos carolingios llegaron a tener decenas de altares, sólo tres o cuatro como mucho tenían un marco arquitectónico de fábrica para definir el conjunto de su escenografía. Por alguna circunstancia que se nos escapa, en el entorno del año mil, los altares que requieren el incluirse en el marco de un ábside empiezan a ser muy numerosos: cinco, siete, nueve y hasta once ábsides. La autoridad eclesiástica no permitía celebrar la eucaristía dos veces por día en el mismo altar. Cuando la comunidad religiosa que regía el templo (monástica, colegial o catedralicia) contaba con muchos sacerdotes, era necesario tener una iglesia con una gran cabecera del tipo que hemos señalado anteriormente. El éxito alcanzado por los cistercienses en la sociedad del siglo XII produjo una progresiva ampliación del número de monjes de sus monasterios. Como además muchos de estos monjes eran sacerdotes, fue necesaria para el desarrollo del culto la realización de iglesias con alguna de las grandes cabeceras que hemos señalado anteriormente.

A las iglesias citadas por Eydoux y Azcárate habría que añadir la portuguesa de Alcobaça²⁸, constituyendo un grupo relativamente homogéneo y poco habitual en la arquitectura de los cistercienses. En principio era lógico que los cistercienses no hubieran elegido la cabecera con girola para sus templos, pues se trataba de un proyecto arquitectónico demasiado suntuoso para los principios de una orden marcada por la pobreza. Desde las dificultades del proyecto a la especialización de los trabajadores, sin olvidarnos de los materiales, una solución de este tipo era la más cara que podía adoptar un gran templo. Pero ya no era tanto el costo material, que sin duda era significativo, sino la imagen de soberbia munificencia que una cabecera como esta se mostraba a la contemplación de todos. Los cistercienses solo se atreverán a hacer una cabecera de esta monumentalidad una vez muerto Bernardo de Claraval en 1153. Sus colaboradores inmediatos, temerosos de su reacción violenta dado su temperamento, debieron ocultarle en los últimos momentos de su enfermedad el proyecto de cabecera que estaban preparando para la abadía de Claraval. Solo así se explica que inmediatamente después de su muerte comenzaran los trabajos y estuvieran concluidos en 1174. Lo realizado fue una girola con nueve capillas radiales y tangenciales. Aunque sus discípulos sabían que este proyecto arquitectónico contravenía los principios de pobreza y sobriedad defendidos a ultranza por Bernardo, no dudaron en utilizar su figura para prestigiar la obra arquitectónica, haciendo que ambas permaneciesen juntas en la memoria histórica del monasterio. A su muerte fue enterrado junto al cuerpo de su discípulo Malaquías ante el altar mayor de la abacial. En 1178, cuatro años después de su canonización, sería colocado en un gran conjunto funerario detrás del altar mayor. La nueva iglesia de Claraval y este fasto de monumentalización funeraria constituyen todo un símbolo de la gran transformación que los cistercienses están experimentando. ¡Qué lejos se está ya de aquel espíritu fundacional marcado por la sobriedad, la sencillez y la pobreza!

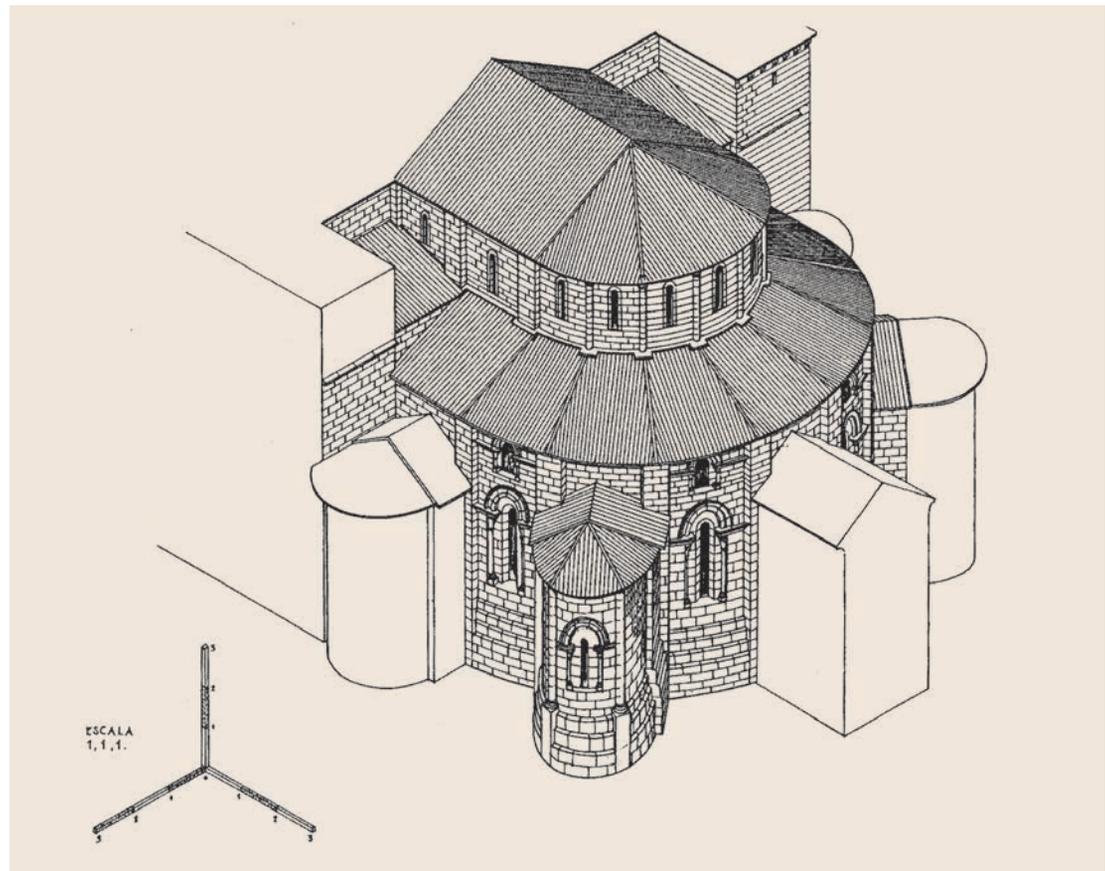
Esta gran cabecera de Claraval, con el valor añadido que le confería su significado como relicario monumental de san Bernardo, enseguida tuvo una gran repercusión en los templos nuevos que se estaban erigiendo en España. Las abadías peninsulares que adoptaron este tipo de cabecera responden todas ellas en su proyecto original a un período que se puede situar perfectamente en la segunda mitad del siglo XII, por señalar un marco lo suficientemente amplio para que se incluyan todas. Conviene recordar en relación con la cronología que el templo que se cita habitualmente como continuador del modelo de Claraval es la nueva cabecera de Pontigny cuyas obras se realizaron entre 1205 y 1210²⁹.

De los ocho ejemplos peninsulares dos responden a soluciones plenamente románicas (Osera y Melón), uno (Alcobaça), el más tardío, es gótico, y los otros cinco, los agrupados por

Eydoux, constituyen un grupo con ciertas similitudes de muros románicos y abovedamientos ya góticos. Todos ellos surgieron por un afán de reproducir una cabecera monumental que prestigiase la abadía. Como una solución de este tipo era tan monumental que contravenía absolutamente los principios cistercienses, sólo se podía justificar como emulación de la abadía de Claraval cuya realidad aparecía, tal como acabamos de comentar, falsamente legitimada por la figura de Bernardo y por el culto que en ella se le daba. Tal como ya indiqué hace tiempo las cinco iglesias no responden a un proyecto único realizado por el mismo arquitecto³⁰, sino que han sido realizadas a partir de una misma idea, pero materializada por arquitectos diferentes y con mano de obra local³¹. Todo parece indicar que cada uno de estos abades, en el caso de Gradefes sería abadesa, encargó un proyecto de iglesia que tuviese una girola con capillas tangenciales. De esta manera se estaba refiriendo el modelo de Claraval, pero como es lógico, ante esta propuesta, cada uno de los arquitectos le dio una solución propia de acuerdo con sus conocimientos técnicos y la realidad constructiva del momento. Salvo el caso del constructor de Alcobaca, templo que presenta una cabecera muy próxima al modelo, ninguno de los arquitectos conoció la solución de Claraval.

De estas iglesias hispanas, las de Melón y Osera, siguiendo la solución de la catedral compostelana, iluminaban perfectamente el deambulatorio por los vanos que se abrían entre las capillas radiales (fig. 5). El resto de estos edificios, los cinco señalados por Eydoux, se encontraron con un problema muy importante: las capillas al ser tangenciales no permitían disponer entre ellas vanos para la iluminación. En una solución plenamente gótica esto no tenía graves problemas, puesto que las capillas eran poco profundas y sus muros estaban rasgados por amplios ventanales de arriba abajo, lo que permitía pasar profusamente la luz. Nuestros edifi-

Fig. 5. Cabecera de la iglesia de Osera (según Bango)



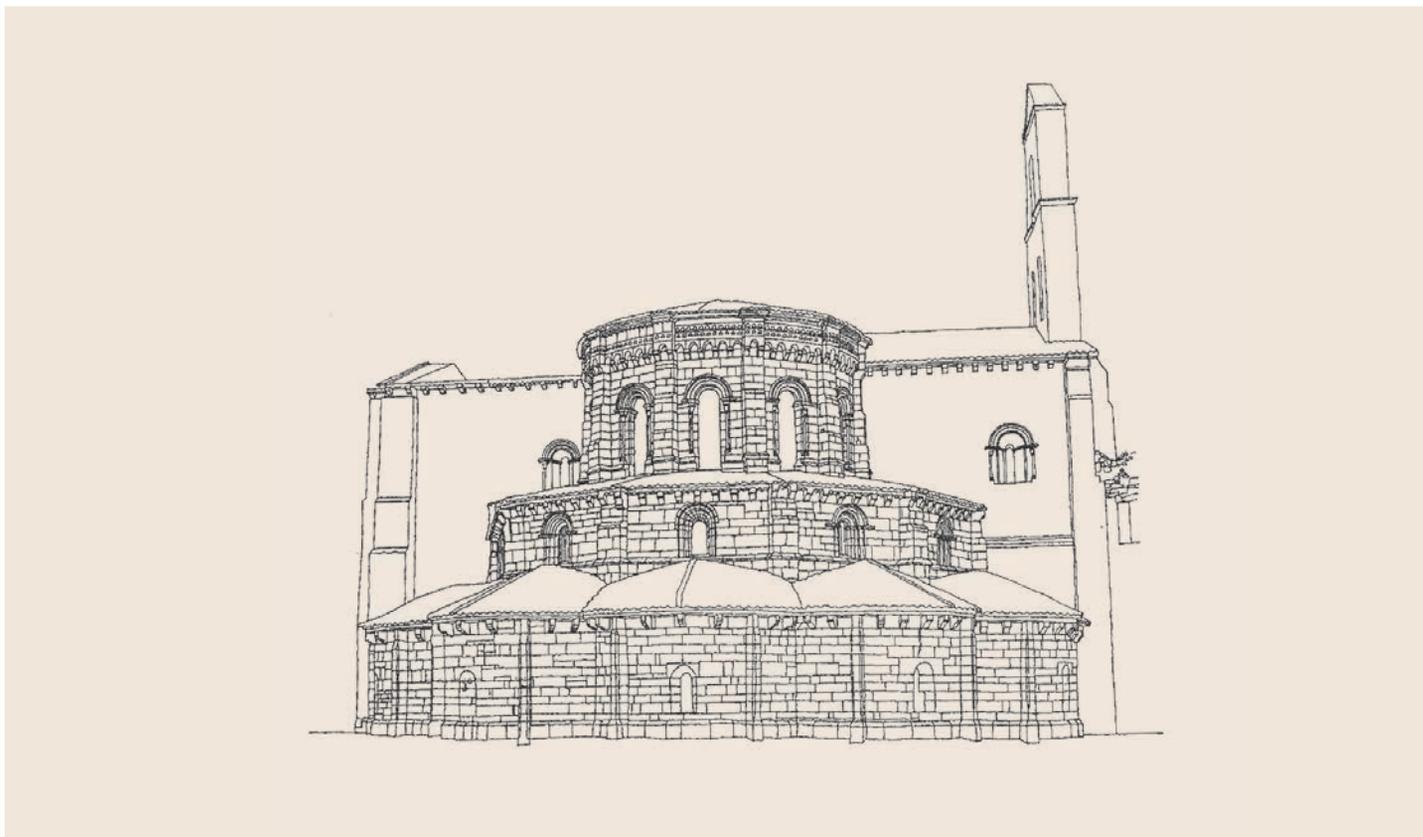
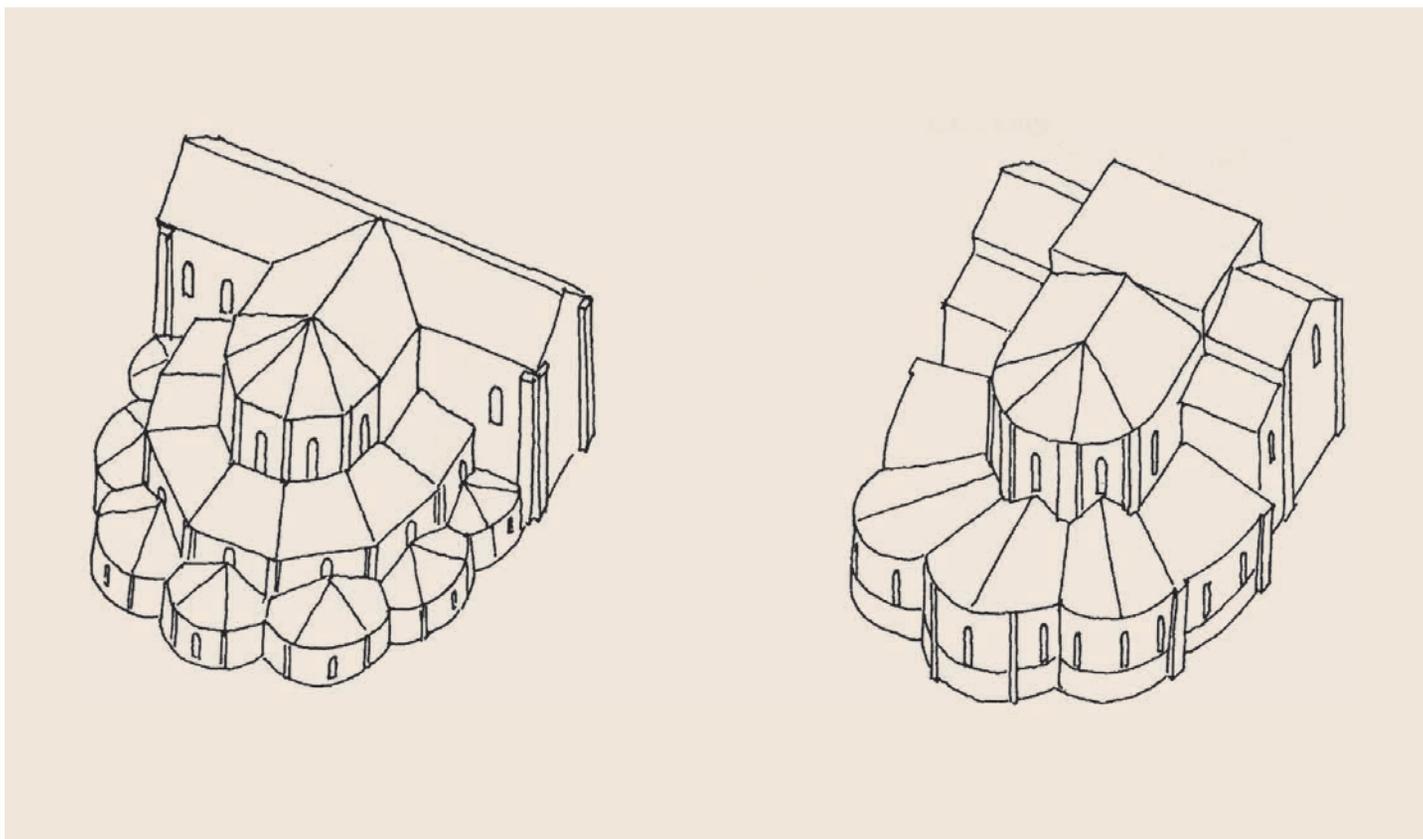


Fig. 6. Cabecera de la iglesia de Moreuela (según Bango)

Fig. 7. Esquema comparativo de las dos soluciones de las cabeceras del tipo Fitero: con iluminación directa del deambulatorio y sin ella



cios eran muy conservadores a este respecto; sus muros concebidos en su mayor parte como románicos tenían unas pequeñas ventanas que limitaban la luz al paso de una estrecha saetera. Los proyectos de Veruela y Moreruela previeron este problema situando un vano por encima de los arcos que daban acceso a las capillas (fig. 6). El efecto conseguido era doble: lumínico y volumétrico. Como la luz que entraba por estos vanos se proyectaba directamente sobre las bóvedas del deambulatorio, de aquí de manera cenital descendía difusamente sobre el espacio de la girola. Este orden de ventanas exigía un muro que conformaba en altura la girola, obli-gándola a una mayor altura (fig. 7). Interiormente el deambulatorio aparecía así más esbelto, mientras que el exterior la cabecera se mostraba en tres rotundos volúmenes armoniosamente escalonados. Los proyectos de Fitero, Poblet y Gradefes, al no tener en cuenta esta solución, se muestran demasiado pesados e inarmónicos. Con el paso del tiempo, al taparse las ventanas con los retablos góticos, el problema de la luz se agudizó y con ello la falta de esbeltez hizo gravitar aún más el peso de las bóvedas.

La otra fórmula de conseguir una gran cabecera, un crucero articulando más de tres ábsides en batería, se emplea en tres edificios del tardorrománico navarro. La iglesia del monasterio cisterciense de La Oliva presenta cinco ábsides y otros tantos la colegiata de Tudela. En uno y otro caso esta importante cabecera se explica por corresponder el primero a una importante comunidad monástica y el segundo es la iglesia mayor de la ciudad acogida al patrocinio de la propia casa real. Por lo poco que conocemos de su historia en principio resulta inexplicable el caso de San Miguel de Estella con sus cinco ábsides escalonados. Se trata de una iglesia parroquial que en sus orígenes dependía de San Juan de la Peña. Su cabecera pensada para una importante comunidad de clérigos y la calidad de su escultura son la prueba indiscutible del poder de los promotores iniciales. Sin embargo, a partir del siglo XIII, las cosas cambiaron radicalmente. La simple observación del estado actual del edificio nos permite ver cómo partes iniciadas se quedaron sin concluir, elementos pensados con un criterio se reutilizaron con otro y en general se aprecia un lentísimo proceso de construcción que se prolongaría hasta el siglo XVI.

NOTAS

- ¹ Francisco ÍÑIGUEZ ALMECH, "El monasterio de San Salvador de Leyre", en *Príncipe de Viana*, 104-105 (1966), pp. 189-220.
- ² La iglesia monasterial de Santo Domingo de Silos siguió un proceso de ampliación durante el período prerrománico muy similar al del Leire. Incluso el templo románico silense adoptó una construcción por fases articulándose sobre el núcleo prerrománico que también coincide con el del Leire (Isidro G. BANGO TORVISO, "La iglesia antigua de Silos: del prerrománico al románico pleno", en *IX Centenario de la Consagración de la iglesia y claustro. 1088-1988*, Abadía de Silos, 1990, pp. 317-375).
- ³ Clara FERNÁNDEZ-LADREDA (dir.), Javier MARTÍNEZ DE AGUIRRE y Carlos J. MARTÍNEZ ÁLAVA, *El arte románico en Navarra*, Pamplona, 2002, pp. 95-96.
- ⁴ Javier MARTÍNEZ DE AGUIRRE, "La nave gótica de Leire: evidencias para una nueva cronología", en *Archivo Español de Arte*, 1991, pp. 39-53.
- ⁵ Como ha señalado muy bien Martínez de Aguirre la anchura de las naves del templo estaba condicionada por la torre defensiva (Clara FERNÁNDEZ-LADREDA (dir.) et alii, *El arte románico...*, p. 74).
- ⁶ Para María Luisa Melero Moneo este claustro se construiría durante los últimos veinte años del siglo XII (*Escultura románica y del primer gótico de Tudela*, Tudela, 1997, pp. 51-110).
- ⁷ Sobre la catedral románica de Pamplona y el estado de la cuestión resulta imprescindible lo publicado por J. Martínez de Aguirre en la obra ya citada, Clara FERNÁNDEZ-LADREDA (dir.) et alii, *El arte románico...*, pp. 77-95. También resultan de gran interés los siguientes trabajos publicados en *Sancho el Mayor y sus herederos. El linaje que europeizó los reinos hispanos*, (dir. Isidro G. BANGO TORVISO), Vol, II, Pamplona, 2006: Isidro G. BANGO TORVISO, "La catedral románica" (pp. 835-839); Eduardo CARRERO, "La catedral románica hacia una interpretación funcional" (pp. 856-866); Javier MARTÍNEZ DE AGUIRRE, fichas y estudios sobre la catedral (pp. 867-901).
- ⁸ Es traducción de Fernando Marín Jaime recogida en la obra de Domingo J. BUESA CONDE, *Sancho Ramírez, rey de aragoneses y pamploneses (1064-1094)*, Zaragoza, 1996, p. 225.
- ⁹ Aunque carecemos de información arqueológica y documental suficiente para proponer una solución definitiva, he realizado una interpretación sobre este claustro en relación con el templo prerrománico, así como su condicionamiento del proyecto (Vid. el estudio y plano que propongo en "La catedral románica", en *Sancho el Mayor y sus herederos...*, pp. 835-839).
- ¹⁰ Clara FERNÁNDEZ-LADREDA (dir.) et alii, *El arte románico...*, p. 87.
- ¹¹ La primera solución se aplica en las fases iniciales de la catedral compostelana, aunque de forma invertida: el contrafuerte se materializa en pilastra interna mientras que el muro exterior es corrido. Es posible que el dejar en la cabecera un tramo entre las capillas responda, como en Santiago, a que los puntos de intersección de los muros del ábside con el muro del crucero ofrezcan un fuerte contrarresto al correspondiente del muro opuesto del crucero.
- ¹² Sobre estos edificios gascones puede verse como referencia de conjunto el libro de Jean CABANOT, *Gascogne romane*, La Pierre-qui-vire, 1978. Saint-Clamens conserva su cabecera de ábside poligonal (p. 84). Ábside central poligonal, tramo recto a cada lado, y ábside semicircular a continuación formaban la cabecera del templo de Saint-Girons de Hagetmau (pp. 122 y ss.). Igual disposición con los tramos rectos, pero con los tres ábsides semicirculares, tenían los templos de Sainte-Quitterie du Mas (Aire-sur-l'Adour) y Saint-Jean de Sorde (pp. 129 y ss. y 172 y ss.). Todos estos edificios muestran la gran aceptación de un determinado tipo de cabecera que debió tener un gran éxito en la época por la influencia de un edificio de prestigio como referente. Aunque carecemos de una cronología precisa y depurada para ellos, no deberíamos descartar que este fuera la propia catedral pamplonesa. Si no fuera así, tendríamos que pensar en otro edificio de la región hoy desaparecido.
- ¹³ Mientras que la catedral más próxima, la de Jaca, construyó el cimborrio, el edificio románico más importante navarro de la época, la iglesia monasterial de Leire, no lo tenía ni siquiera previsto. Los cimborrios han sido una de las causas más frecuentes del derrumbe de las fábricas medievales. No suele ser extraño que se dispusiera la infraestructura para su realización y éste no se llevara a cabo inmediatamente, incluso nunca. Sobre esta problemática es muy aleccionador el caso de la catedral de Sigüenza, donde el cimborrio actual, pese a su aspecto, es simplemente un pastiche que evoca un elemento que seguramente nunca pasó de nada más que un simple proyecto (M^a del Carmen MUÑOZ PÁRRAGA, *La catedral de Sigüenza (Las fábricas románica y gótica)*, Guadalajara, 1987, p. 329).
- ¹⁴ Aunque esta solución compostelana se justifica por la presencia de una tribuna sobre las colaterales, cuya cubierta de cuarto de cañón apuntala la bóveda de la central, iglesias gallegas de tres naves con cubierta de madera también mantiene la fórmula de tejado único a dos aguas. En la catedral de Jaca, la nave central emergía sobre las colaterales para permitir la apertura de ventanas que iluminasen su interior. En todo caso para una solución u otra carecemos en la actualidad de información suficiente.
- ¹⁵ Este *Stephanus magister* figura por primera vez en un documento del año 1101, por el que el obispo don Pedro le hace una serie de donaciones en presencia del prelado Compostelano Gelmírez. En todo caso este personaje tan claramente ligado a la fábrica pamplonesa ha causado una amplia problemática sobre su identificación en la obra compostelana (sobre estos documentos de Pamplona y su exacto significado vid. J. MARTÍNEZ DE AGUIRRE, "Copia de la donación que el obispo de Pamplona, etc.", en *Sancho el Mayor y sus herederos...*, pp. 867).

- ¹⁶ El análisis de estas piezas y el estado de la cuestión véase en Javier MARTÍNEZ DE AGUIRRE, "Portada occidental de la catedral románica de Pamplona", en *Sancho el Mayor y sus herederos...*, pp. 875-893.
- ¹⁷ Sin una mayor información sobre la excavación de la catedral y posiblemente sin el correspondiente complemento de excavaciones futuras, la verdadera relación del edificio prerrománico con el románico no deja de ser una mera hipótesis especulativa. He tratado en otra ocasión cómo la obra prerrománica condicionó el desarrollo de la topografía claustral de la catedral (Isidro G. BANGO TORVISO, "La catedral románica"..., p. 839).
- ¹⁸ Para la imagen de la iglesia silense, además de la referencia bibliográfica de la nota nº 2, Isidro G. BANGO TORVISO, "Reformas monásticas y litúrgicas en relación con los edificios románicos de Silos", en *Los Grandes monasterios benedictinos hispanos de época románica (1050-1200)*, coord. José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR y Ramón TEJA, Fundación Santa María la Real (Aguilar de Campoo), 2007, pp. 141-165).
- ¹⁹ José María de Azcárate Ristori, en su conocido y muy sugerente discurso de ingreso en la Academia de San Fernando, intentó definir las formas que caracterizaban el primer gótico hispano (*El protogótico hispánico*, Madrid, 1974), sin embargo en muchas ocasiones sus argumentos y ejemplos han producido cierta desorientación entre los especialistas que hemos seguido su tesis durante algún tiempo.
- ²⁰ Lo que se debe a un deseo de adaptar unas formas góticas a una solución previa románica se suele interpretar como una falta de comprensión de la teoría gótica. He estudiado este fenómeno en relación con la catedral de Lérida (Isidro G. BANGO TORVISO: "La catedral de Lleida. De la actualización de una vieja tipología templaria, conservadurismos y manierismos de su fábrica", en *Congrés de la Seu Vella de Lleida. Actes*, Lleida, 1991, pp. 29-37; "La catedral de Lleida, último gran proyecto del románico catalán", en *Gombáu de Camporrells, bisbe de Lleida a l'alba del segle XIII*, edició a cura d'Isidro G. Bango y Joan J. Busqueta, Lleida, 1996, pp. 17-42). Carlos J. Martínez Álava, consciente de la compleja realidad estilística de la arquitectura de este período, no ha dudado en titular de manera lógica su estudio: *Del románico al gótico en la arquitectura navarra. Monasterios, iglesias y palacios*, Pamplona, 2007.
- ²¹ Henri-Paul EYDOUX, "L'abbatiale de Moreuela et l'architecture des églises cisterciennes d'Espagne", en *Citeaux in de Nederlanden*, V, 1954, pp. 173-207.
- ²² Idem, p. 189. Al estudiar el monasterio de Santa María de Moreuela he analizado este conjunto de iglesias cistercienses dando una visión muy diferente a la de Eydoux ("Monasterio de Santa María de Moreuela", en *Studia Zamoriensia. Arte Medieval*, Anejos I, 1988, pp. 61-116).
- ²³ José María de AZCÁRATE RISTORI, *El protogótico...*, p. 39.
- ²⁴ En los últimos tiempos los trabajos sobre Fitero han proliferado, dedicando una parte importante de su interés a la fijación de su problemática cronológica: María Luisa MELERO MONEO, "El monasterio de Fitero en la Edad Media" en *Los Fiteranos*, edic. Jesús Bozal Alfaro, Tudela, 2005, pp. 19-45; María Teresa LÓPEZ DE GUEREÑO, "Las grandes fábricas monásticas navarras de la Edad Media: espacios y funciones", en *Sancho el Mayor y sus herederos...*, pp. 770-785; José Carlos VALLE PÉREZ, "Monasterio de Fitero", en *Sancho el Mayor y sus herederos...*, pp. 817-821; Marisa MELERO MONEO, "Etapas constructivas del monasterio cisterciense de Santa María de Fitero", en *Fitero el legado de un monasterio*, Pamplona, 2007, pp. 67-91.
- ²⁵ Es indudable que las fábricas de los monasterios cistercienses constituyen el conjunto de edificios homogéneos más importante del siglo XII, sin embargo sus conocidas y muy divulgadas formas no son en absoluto originales de ellos, aunque sí hayan sido los que más las emplearon o, al menos, así lo apreciamos dado el actual paisaje monumental de esta centuria conservado en la actualidad. He estudiado en diversas ocasiones como el sentido de sobriedad y las formas de su concepción arquitectónica responden a diversas tradiciones precistercienses: Isidro G. BANGO TORVISO: "Bernardo de Claraval y el Arte", en *Segovia Cisterciense. Estudios de Historia y Arte sobre los monasterios segovianos de la orden del Cister*, Madrid, 1991, pp. 13-22.
- ²⁶ Para las variantes de iglesias cistercienses en España, M^o del Carmen MUÑOZ PÁRRAGA ha realizado un buen estudio ("La iglesia", en *El Cister en el Medievo de Castilla y León*, ed. Isidro G. Bango Torviso, Valladolid, 1998, pp. 107-118).
- ²⁷ He abordado el estudio sistemático de este tipo de cabecera desde su introducción en España con las primeras manifestaciones del estilo románico hasta las creaciones del tardorrománico. De estos trabajos, y en relación con el tema que aquí nos ocupa, los principales serían los siguientes: Isidro G. BANGO TORVISO, "La part oriental dels temples de l'abat Oliba", en *Quaderns d'estudis medievals*, 1988, pp. 51-66; "Las llamadas iglesias de peregrinación o el arquetipo de un estilo", en *El Camino de Santiago, Camino de las Estrellas*, Madrid, 1994, pp. 9-75; "La cabecera de la catedral calceatense y la arquitectura hispana de su época", en *La cabecera de la Catedral calceatense y el Tardorrománico hispano. Actas del Simposio en Santo Domingo de la Calzada, 29 al 31 de enero de 1998*, Logroño, 2000, pp. 11-150.
- ²⁸ Artur NOBRE DE GUSMÃO, *A Real Abadía de Alcobaça*, Lisboa, 1992.
- ²⁹ El resto de los deambulatorios cistercienses construidos en Francia fueron Cherlieu, Savigny, Bompport, Breuil-Benoît, Clairmarais, Vauclair, Bonnevaux, Vauluisant. En Suecia se encuentra en Warhem, mientras que en Inglaterra está Beaulieu. Para todos estos edificios vid una breve reseña en Marcel AUBERT, *L'Architecture cistercienne en France*, París, 1947, p. 218.
- ³⁰ Vid nota nº 22.
- ³¹ Cuando estudié la cabecera de La Calzada señalé cómo el arte de Fitero acusa las principales soluciones arquitectónicas y decorativas de este monumento riojano.

